

La polémica entre la psicología discursiva y la teoría de las representaciones sociales. El modelo controversial de interpretación.

The discussion between discursive psychology and social representations theory. The controversial model of interpretation

José Antonio Castorina
UBA y Conicet

Resumen

Ese trabajo reconstruye una discusión que ha tenido lugar entre la teoría de las representaciones sociales y la psicología discursiva, de origen británico, poniendo de relieve sus principales diferencias en el enfoque de los problemas. El objetivo es utilizar el modelo de los espacios controversiales de Nudler para dar un significado filosófico a dicha discusión, mediante las categorías de *common ground*, focalización, y refocalización de los problemas. El análisis muestra que se trata de una controversia peculiar, centrada en los presupuestos ontológicos y epistemológicos de los programas de investigación. En ella no se ha producido una refocalización profunda como resultado de las controversias, sino una importante reflexión en la teoría de las representaciones sociales sobre aspectos señalados por la psicología discursiva.

Palabras clave: psicología discursiva, teoría de las representaciones sociales, *common ground*, focalización, refocalización

Abstract

This paper reconstructs a discussion between Social Representations Theory and British Discursive Psychology, pointing out their principal differences in focusing the problems studied. The aim of this work is to use the controversial of interpretation de Nudler to give philosophical meaning to such discussion by means of their common ground categories: focusing and refocusing. The analysis shows that this is a odd controversy, since it has been focused on the ontological and epistemological assumptions of both research programs. In this discussion, it has not been produced a deep refocusing as the result of the

controversies. On the contrary, the controversies have led to an important reflexion in Social Representations Theory about various issues raised by Discursive Psychology.

Palabras clave: Discursive Psychology, Social Representations Theory, *common ground* focusing, refocusing.

Introducción

La psicología social se ha desarrollado en Europa durante los últimos treinta años en oposición a la psicología social cognitiva, de origen americano, y que es aún hegemónica en el mundo académico. Dentro de aquella corriente de pensamiento se ha desplegado, a su vez, una viva polémica entre la Teoría de las Representaciones Sociales (en adelante TRS) y la Psicología Discursiva (en adelante PD), de carácter principalmente metateórico, centrada en el status epistémico de las representaciones sociales. Ambos programas de investigación han discrepado explícitamente respecto del enfoque epistemológico y ontológico de las representaciones sociales, su relación con los procesos cognitivos y la realidad, así como las prácticas discursivas y las prácticas sociales (Castorina, 2009; De Rosa, 2006; Potter y Edwards, 1999)

La PD ha reconocido a la TRS el mérito de haber puesto el acento en el carácter social de los fenómenos psicológicos, pero le cuestionan no haber logrado una ruptura satisfactoria con la psicología cognitiva, de la que hereda el concepto de representación. Además, le endilga el sostener una tesis filosófica realista y el haber dejado de lado en sus análisis los aspectos del conflicto social y sus relaciones con el poder, involucrados en los fenómenos psicosociales. Por su parte, los psicólogos de la TRS se han defendido de las críticas, argumentando a favor de sus tesis centrales y a su vez cuestionando el alcance de las tesis de la PD (Castorina, 2007; de Rosa, 2006) Básicamente, la polémica puso de relieve el contraste entre una perspectiva centrada en la relación dialogal entre el sujeto, el otro y el objeto en el estudio de las RS y otro que se ocupa de analizar exclusivamente el intercambio propiamente discursivo, entre un enfoque dialéctico y otro escisionista.

El propósito de este trabajo es, primeramente, resumir los lineamientos de la discusión (Castorina, 2007) y establecer luego cuál es su significación metateórica, así como sus efectos en las tradiciones que se enfrentan, considerando especialmente si ha dado lugar a cambios conceptuales en el desarrollo ulterior de las indagaciones de la TRS. Para este fin trataremos de evaluar hasta qué punto es utilizable para el análisis de este proceso de

intercambio intelectual, el modelo de cambio controversial, desarrollado por Nudler (2009), en los términos de *espacio controversial*, *commun ground*, *focalización* y *refocalización*. Este modelo fue utilizado para interpretar con éxito las discusiones en la historia del pensamiento filosófico, las ciencias naturales y la historiografía. Nos preguntamos si el resultado de las controversias posibilita una integración superadora entre las teorías o si se impone una tesis de incompatibilidad; además, si se produce una transformación profunda en las teorías como resultado de esas controversias

Las representaciones sociales y la psicología discursiva

Las RS constituyen una modalidad del conocimiento de sentido común que incluye tanto aspectos afectivos como cognitivos y que orientan la conducta y la comunicación de los individuos en el mundo social. Según Moscovici, “son sistemas de valores, ideas y prácticas con una doble función: primero establecer un orden que capacite a los individuos a orientarse a sí mismos en el mundo social y a controlarlo, y en segundo lugar, posibilitar la comunicación entre los miembros de la comunidad proveyéndoles con un código para nombrar y clasificar sin ambigüedad los aspectos de su mundo y su historia individual y grupal” (1973, pág. Xiii).

Fundamentalmente, son un saber práctico que vincula al sujeto con el objeto, una representación de alguna cosa para alguien, que emerge de las experiencias de interacción y de intercambio comunicativo en los grupos sociales; además, las prácticas sociales son condición de las RS, dado que la exigencia de asumir nuevas situaciones lleva a su formación, también son utilizadas por los individuos para actuar sobre otros miembros de la sociedad. Las RS constituyen un objeto construido por y para un grupo social. El objeto está determinado por las relaciones que los miembros del grupo sostienen con otro así como con el medio de la comunicación. De este modo, las RS no se reducen al conocimiento producido por el individuo.

La conformación de las RS depende de su función en la vida de los grupos. Al ser conocimientos que reordenan significativamente a los fenómenos del mundo, modifican el sentido de los actos sociales y por lo tanto, influyen sobre los comportamientos de los individuos y los grupos. Así, las RS se producen para otorgar sentido a situaciones sociales tales como la transmisión de una teoría científica como el psicoanálisis o de un fenómeno desconocido (como la aparición del VIH-SIDA, en la década de los ochenta) que al ocurrir producen un "vacío" de sentido social. Se trata de un conjunto de clasificaciones significativas que se producen para salvar alguna *fisura* en la cultura (Moscovici, 2001).

Ante un hecho novedoso, los grupos sociales llevan a cabo un proceso de *familiarización* que permite tornar inteligible la extrañeza derivada de las nuevas situaciones. Específicamente, dicho proceso, constitutivo de las RS, se lleva a cabo mediante la interacción dialéctica de los mecanismos de *anclaje* y *objetivación*. El primero permite que los fenómenos sociales inesperados, se inscriban en el conjunto de creencias y valores sociales preexistentes, otorgándoles algún significado. El segundo consiste en una selección de aspectos de tales fenómenos, conformando un núcleo figurativo, que concretiza conceptos abstractos

Las RS se sitúan dentro de un triángulo dinámico: el objeto que es representado, el sujeto que toma a su cargo la representación, y el grupo social hacia el cuál el sujeto toma posición al asumir la RS. Necesitamos estar en relación con otros para dar significado al objeto y ser capaces de desarrollar una realidad intersubjetiva que sirve como un código común para la comunicación y la interacción social. Dicha creación intersubjetiva tiene dos aspectos: la agencia humana y la influencia social. Por un lado, las RS son creadas por seres humanos en orden a situar los objetos y situaciones en un universo familiar; por el otro, una vez establecidas, influyen nuestras acciones socio cognitivas. Las RS son móviles, ya que fueron creadas y pueden ser desafiadas, imponiendo bolsones de novedad en las tradiciones que vienen del pasado, son dinámicas y se modifican cuando se producen cambios culturales o sociales. Sin embargo, en la medida en la que sus condiciones de aparición son diferentes también es diferente su duración en el tiempo (Voelklein y Howarth, 2008).

Mediante las RS el grupo crea una “realidad”, un mundo grupal específico, que un referente al cuál remitir lo extraño o incomprensible de los acontecimientos, siendo la realidad algo no familiar o novedoso, que por lo tanto se convierte en amenazante, “algo” que testimonia la intervención potencial de lo que existe más allá de la domesticación del mundo. Ese “algo” se convierte en un objeto al ser elaborado por una comunidad, por la construcción social de significados. Se podría decir que al hablar de realidad no domesticada nos acercamos a lo que Searle (1997) llama “hechos en bruto”, una indicación de que existen muchas cosas más allá de los mundos socialmente construidos.

Por su parte, la tesis central de la PD es que los fenómenos psicológicos –recuerdos, pensamiento, representaciones, o emociones- se consideran como rasgos del discurso, sean conductas públicas o actos privados. Claramente, el pensamiento como uso privado del sistema simbólico deriva del discurso intersubjetivo, que constituye el principal rasgo del medio humano (Harré y Gillett, 1994)

Para la PD los actos de recordar o las representaciones, no son manifestación de una actividad subjetividad oculta, más allá de los intercambios discursivos. La mente de una persona individual es un punto de reunión de las relaciones sociales, no un estado interno: "...es una construcción social en cuanto nuestros conceptos surgen de nuestro discurso y forman la manera en que pensamos" (Harré y Guillelt, 1994, pág. 22). Incluso la actividad mental de otro es válida para nosotros en cuanto la creamos en la conversación conjunta y si nuestra actividad mental privada es también simbólica. Así, la memoria o las representaciones no son ítems exteriores al discurso, son "objetos" de (o dentro) del discurso: "son un rango de categorías y modos de hablar de los participantes desplegadas en descripciones y relatos de la conducta humana" (Edwards, 1997, pág. 48)

La PD se vincula al rechazo de Wittgenstein (1986) a que los símbolos representan otras cosas, y que las palabras significan por su referencia a las cosas exteriores. En cambio, el sentido de las palabras es el uso que hacemos de ellas, siendo los "juegos del lenguaje" los que construyen literalmente lo que después objetivamos como cosas ya dadas. De este modo, se ha hecho ruptura con el dualismo de representación y mundo, o individuo y sociedad. Su lema ontológico sería que todo es práctica social discursiva, todo es relativo y variable (De Rosa, 2006)

Además, pretende atribuir a las prácticas sociales una orientación hacia la actividad y cuyo sentido se logra por las formulaciones de los participantes. Su problemática sería comprender, entre otras funciones psicológicas, lo que hace la memoria en alguna interacción, como una versión construida del pasado que pueda sustentar alguna acción (Potter, 2000). Los individuos "recuerdan juntos" y hacen contribuciones a la memoria colectiva, al elaborar los relatos en los que participan.

Como teoría psicológica, la PD hace a la acción inseparable de las categorizaciones y las formulaciones de los participantes en el intercambio discursivo, de ahí que este último se examina en el contexto de su ocurrencia como construcciones situadas, cuya descripción llevan a cabo los analistas y los participantes. El individuo es una especie de actor dentro de un contexto argumentativo, sin tener su propio *script* que moviliza sus acciones, sino que éstas son sugeridas por el contexto interpersonal.

El foco de la controversia.

La controversia es una característica central de la historia de la ciencia, ya que las teorías no cambian solo porque tienen hechos a su favor o porque cumplen determinados

procedimientos metodológicos, sino porque interactúan críticamente con otras mediante disputas argumentativas acerca de la claridad conceptual o la rigurosidad de las definiciones, o porque ponen en juego concepciones del mundo (Laudan, 1977). Estas disputas promueven el progreso del conocimiento porque ayudan a renovar y reformular las posiciones. Nudler (2009) ha propuesto un modelo para interpretar dicho proceso, en base al concepto de espacio controversial, dónde se producen las disputas en la ciencia y la filosofía, de *common ground*, referido a los supuestos compartidos que las posibilita, la centralización en un foco visible de las discusiones, y las refocalizaciones, que modifican alguna de las teorías en pugna. Vamos a analizar la fertilidad de estas categorías para interpretar la polémica entre la PD y la TRS.

En primer lugar, se identifica un *espacio controversial*, que es una estructura heterogénea en la que interactúan dinámicamente los supuestos compartidos, el problema en discusión y otras cuestiones asociadas. Algunas controversias ocupan el lugar central y otras quedan en la periferia; además, una controversia no se presenta aislada sino se vincula con otras discusiones asociadas; algunas controversias provienen de otras. En nuestro caso, se debate acerca de la naturaleza de las RS, de su relación con los procesos cognitivos y con las prácticas sociales, en vinculación con otras discusiones, referidas al alcance de las tesis relativistas, los cruces entre las epistemologías estático/individualistas o dialéctico/dialoguistas en ciencias sociales, o a la naturaleza de los vínculos del conocimiento con la realidad.

En segundo lugar, llamamos con Nudler (2009) *focalización* al lado visible del campo controversial, a los problemas específicos que se debaten, en nuestro caso los que han tenido lugar entre la TRS y la PD, con las argumentaciones que sustentan las posiciones, referidos a la naturaleza de las RS, y los debates que le están vinculados, arriba enumerados.

En tercer lugar, para que se pueda discutir de modo focalizado se supone un *common ground* que lo posibilite, una región de supuestos que no se tematizan: el acuerdo sobre ciertas reglas racionales y valores que hacen posible la discusión; sobre las concepciones generales referidas a un campo de estudio, y que orientan la investigación; entre éstas se encuentran con frecuencia ciertos supuestos epistemológicos u ontológicos comunes. En el caso de las controversias entre la PD y la TRS, además de acordarse en una racionalidad “comunicativa”, ambos programas comparten el cuestionamiento a la metáfora psicológica de la máquina mental, en términos de un procesador de información dissociado de toda relación social, proveniente de la evolución biológica, que subyace a la corriente cognitiva dominante en el *mainstream* de la investigación en psicología social. También coinciden en

una amplia visión alternativa a dicha metáfora: la acción psicológica individual es intrínsecamente social, más específicamente, vivimos en un mundo de significados, dónde hay cosas que nos parecen valiosas o morales y otras no, y que si bien aprendemos condicionados por mecanismos biológicos, más allá de estos nuestra vida deriva de significados compartidos. Asimismo, comparten la idea de que las creencias sociales son construidas en condiciones contextuales, en la PD el micro contexto en que se produce el discurso socialmente negociado, y en la TRS un macro contexto comunicacional. De este modo, ambos programas convergen con otras corrientes del pensamiento psicológico (particularmente la psicología cultural y la psicología narrativa) en el denominado “giro social” en la investigación (Sugiman; Gergen, et. al 2010) caracterizado por la sensibilidad a la tesis de que la actividad psicológica está estructurada por el hecho de vivir en mundos de significación cultural. Sin embargo, la psicología discursiva y la teoría de las representaciones sociales han formulado interpretaciones diferentes de tal enfoque ontológico de la “socialidad” de la vida psicológica individual. Dichas interpretaciones han condicionado la constitución de las teorías y no forman parte del *Commond Ground* de esta controversia, sino que han sido una parte central de la controversia, como subrayaremos.

El *foco* de las discusiones gira alrededor de una cuestión sustancial, la aceptabilidad del concepto de RS, la que fue planteada de inicio de un modo más bien unilateral, no dando lugar a un diálogo genuino, por los psicólogos británicos. Su propósito no declarado tendía a lograr la auto legitimación de la psicología discursiva (De Rosa, 2007) Así, le cuestionaron a la TRS su inconsecuente rechazo al cognitivismo, con el que mantiene una coincidencia fundamental: las RS son grillas propiamente cognitivas que dan significado a la información que proviene de las situaciones no familiares. Luego, le valen todas las críticas que se dirigen a una perspectiva cognitivo-representacional de la vida psicológica (Potter y Edwards, 1999;Castorina, 2007). Entre otras, el quedar atrapada en una relación circular entre representaciones y las prácticas, ya que las primeras provienen de éstas, a la vez que se le aplican; la separación de las RS de las prácticas lleva a su inevitable tratamiento como estáticas; además, al ser las RS concebidas como imágenes que son parte de la comunicación, hay que dar cuenta de cómo las imágenes “están entre” las personas para comunicarse, lo que no es posible. Pero, sobre todo, el concepto de RS implica suponer una realidad ya dada que es su referente, haciéndose inevitable el dualismo entre la realidad anterior a la representación y la imagen. Dicho dualismo impide toda posibilidad de tender un puente entre ellas y condena al postulado “constructivismo” de la TRS que constituye simultáneamente al objeto y al sujeto, porque involucra su disociación, siendo éstos independientes entre sí, y quedando los sujetos limitados al campo representacional.

Claramente, según la crítica, la TRS quedaría atrapada en el dualismo típico de la psicología moderna. Además, decir que las RS construyen su objeto no es suficientemente radical, ya que en la PD la propia RS es el resultado de una construcción discursiva, no de una elaboración cognitiva.

De ahí que al reconsiderar la objetivación de las RS, la propuesta de la PD elimina “la actividad mental de figuración” que produce las imágenes familiares, prefiriendo el término “nominalización” para atender al hecho de que en el discurso los procesos son tratados como nombres. Más aún, tanto la objetivación como el anclaje solo pueden ser interpretados consistentemente como procedimientos retóricos del discurso compartido. (Billig, 1988)

Por otra parte, a diferencia del carácter argumentativo o propiamente dialogal del intercambio discursivo enfatizado por la PD, como vimos, se considera que la TRS se centra en el carácter común del conocimiento, lo que ha llevado a subestimar el carácter conflictivo de nuestra actividad psicológica, dando un lugar marginal a la argumentación entre los *partenairs*. Esta es una crítica central ya que al identificar en la TRS una lectura descriptiva y estática de las RS, parece poner de relieve un empobrecimiento notable de sus pretensiones como teoría psicológica, ya que no lograr explicar su dinamismo.

Por su parte, los psicólogos sociales (Marková, 2000; De Rosa, 2006; Voelklein y Howarth, 2008) han considerado como “caricatural” a la interpretación ofrecida por la PD y han defendido su propia perspectiva. Entre otras argumentaciones, se ha rechazado la versión “cognitiva” de las RS, ya que éstas no son una elaboración individual de informaciones originadas en el mundo exterior. En cambio, el rasgo peculiar de lo cognitivo es que los individuos constituyen su saber en tanto pertenecen a un grupo social, y conocen con otros y participan de la cultura. Desde este punto de vista, no se justifica que se atribuya a las RS los rasgos de las representaciones cognitivas, ya que su status ontológico no es la cabeza de los individuos, sino las interacciones sociales y comunicativas que constituyen los contenidos del pensamiento.

Según la crítica de la PD, las tesis de la TRS separan individuo y sociedad o sujeto y objeto, lo que deriva de la disociación entre representación y realidad, equivalente a una tesis dualista. Por el contrario, los psicólogos sociales afirman una posición dialéctica: la dualidad incluyente entre aquellos términos, su interdependencia en una totalidad, lo que implica una genuina “unidad de los opuestos”. De este modo, se afirma una interpenetración constitutiva entre individuo y sociedad. Otro tanto sucede con la tesis de Moscovici según la cuál el conocimiento social es construido por el cognoscente y por el otro individual o grupal. En base a esta idea se postula el triángulo semiótico Ego-Alter-Objeto, una aproximación co-

constructivista que sustituye al constructivismo del sujeto y el objeto. En ese triángulo dialogal se destaca particularmente la relación de interdependencia entre el Ego y el Alter. Esta presupone no solo asimetría sino, sobre todo, la relación de tensión entre los términos, de modo que lo que mueve la elaboración de las RS es la dialéctica de la tensión y el acuerdo (Marková, 2000).

Respecto de la crítica central, para la TRS es incorrecto decir que las RS se aproximan progresivamente a una realidad ya dada, pero se puede considerar que para hacer inteligible su génesis se debe asumir la diferencia entre la construcción social y la realidad social. Esta última suscita y limita la producción de las RS porque trasciende cualquier representación poniendo límites a su simbolización. De esta manera, el objeto al que se dirigen las RS no es la *realidad* en sí misma, sino su reconstrucción por medio de la actividad simbólica, como hemos señalado antes. Además, para los psicólogos sociales las RS no son más “objetivas” que otras, bajo el impacto del mundo preexistente. La construcción social de la RS implica la mediación simbólica que otorga significado a la realidad para los grupos sociales. De este modo, se rechaza la posibilidad de algún conocimiento donde la realidad se de por sí misma o de modo directo para el sujeto. Solo así tiene sentido hablar de una construcción de “realidades”, porque éstas son lo que los sujetos creen vivenciar naturalmente. No obstante, el carácter constructivo de las RS no involucra rechazar la realidad de los fenómenos sociales que han motivado la construcción, ese “algo” que está más allá de lo simbolizado. En síntesis, se puede afirmar una diferencia entre las RS y la realidad que las suscita, la cuál es constitutiva de la construcción social de las creencias, la que se puede analizar considerando la historia de cada RS en términos de su variación cultural y de su dimensión pública.

El problema de la refocalización

El concepto de *refocalización* en la historia de la ciencia y la filosofía es un cambio significativo en el *common ground* de las discusiones, cuándo las ideas o los presupuestos que no estaban situadas en el centro del debate pasan a estarlo, o cuándo se cuestionan algunos presupuestos que hasta un momento dado se consideraba indiscutible. A la vez, se pueden introducir conceptos nuevos, en relación al espacio controversial dónde se producían los debates, o bien se produce una especificación o afinamiento de los conceptos previos. Estas modificaciones (Nudler, 2009) tienen consecuencias para el avance de los programas comprometidos en las controversias, como ser su reformulación,

la integración de las teorías en discusión o la ampliación de la brecha que los separa, la sustitución de las teorías en pugna. Dicho esto, el problema que nos planteamos aquí es establecer hasta que punto se puede hablar de *refocalización* en el proceso controversial entre la TRS y la PD, y si se derivan consecuencias que permitan establecer si dichos programas son compatibles e integrables o bien son incompatibles.

Los aspectos que se aproximan a algunos de los cambios conceptuales propios de una *refocalización* serán solo referidos a la TRS, ya que no tenemos información de que la controversia comentada haya modificado a la PD (De Rosa, 2006), quizás porque el modo con que sostuvieron sus tesis básicas (dentro del *commun ground*) dificulta su reformulación crítica. La propia defensa dependió de una posición parasitaria respecto de la teoría cuestionada, ya que en las discusiones sus argumentos se expusieron solamente “en contra” de las supuestas tesis de las TRS, como su contraria, no pudiendo reflexionar en un sentido amplio sobre sus propias propuestas (Danziger, 1997) Incluso, por momentos al no abrirse del todo a un diálogo genuino, la PD parece dar lugar más a un conflicto irresoluble que a una controversia en un sentido estricto, que posibilite las reformulaciones de las teorías (Nudler, 2009).

En cambio, algunos psicólogos de la TRS, han reconocido el valor de ciertas críticas de la PD y han procedido a refinar sus conceptos, avanzando en analizar reflexivamente las condiciones de posibilidad de las RS y la naturaleza de sus presupuestos (Wagner, 1996; de Rosa, 2006; Markovà, 2000, Voelklein y Howarth, 2008; Howart, 2006). Así, se observa una atención renovada sobre los aspectos básicos, incluido los filosóficos, subyacentes a la investigación psicológica, incrementando la actividad reflexiva de esos psicólogos sociales sobre las condiciones de posibilidad de las RS.

Según Potter y Edwards (1999), la ventaja relativa de la PD sobre la TRS es su orientación hacia la acción y su centralización sobre la dinámica inmediata de las microconversaciones contextuales, donde hay amplio espacio para los conflictos, los que han sido ignorados por la TRS. Como dijimos, al subrayar el carácter común que constituye a las RS, la TRS quitó lugar a la conversación entre los participantes de la vida social y al conflicto argumentativo. Los psicólogos de la TRS “no se ocupan de la idea de que las RS pueden proveer una arena para la disputa” (Potter y Billig, 1992), o dieron un muy escaso lugar a las situaciones de acción e interacción discursiva. Aunque Moscovici de hecho reconoció que en el proceso de formación de las RS hay conflicto y cooperación, no los exploró sistemáticamente. Ante las críticas de la PD por haberse concentrado en el estudio de la influencia del grupo sobre el individuo, los psicólogos sociales han reaccionado,

examinando cuidadosamente la dialéctica entre el consenso o la influencia social y la agencia de los actores sociales, (Volklein y Howart, 2008).

Como una consecuencia de las discusiones con la PD, los psicólogos de la TRS tienden a reexaminar el significado de la afirmación de Moscovici según la cuál la “sociedad pensante” es una “sociedad que argumenta”. De este modo se reconoce y se ahonda en la idea “que las voces de la disputa y la controversia son oídas en la continua charla (sin fin) de las RS” (Markovà, 2000, pág. 421) Se asume ahora con mucha mayor fuerza que en la mayoría de las investigaciones clásicas de la TRS la insuficiencia de la simple aceptación de la creencia del grupo dominante. Se asume simultáneamente que se produce una acción deliberada de los actores involucrados. La insistencia de la crítica de la PD ha tenido el efecto de posibilitar que los psicólogos sociales se hagan cargo de la pertinencia del diálogo y el conflicto en la génesis de las RS, y evitar que las RS se consideren como si fueran “cosas quietas”, por ausencia de tensiones (Howarth, 2006).

Recientemente, Duveen (2001) y Voelklein y Howarth (2008) han insistido en el estudio de la agencia y la resistencia, en que los significados sociales sean discutidos, negados y transformados, en buena medida como resultado de los enfrentamientos entre los grupos sociales. A su vez, las RS se pueden modificar para habilitar a los grupos e individuos a oponerse a las RS hegemónicas. Así, Howarth (2007) encontró que niños negros de escuelas británicas podían identificar fácilmente la marginalización y la estigmatización como un rasgo frecuente en su escuela y esos niños alcanzan diferentes maneras de discutir el racismo, desde el rechazo y la argumentación hasta el descubrimiento de contradicciones en los dichos de los actores que los estigmatizan. De modo semejante, Joffe (1996) ha mostrado que hay agencia y resistencia a las RS estigmatizadoras por parte de las personas con HIV, siendo parte central de la conformación de su identidad. Por su parte, Duveen (2001) ha estudiado como los niños evolucionan en su apropiación de una red de significaciones sociales preexistentes de género que presiden sus interacciones con maestros y padres. Por ejemplo, entre algunas niñas emerge una ruptura con la hegemonía de una oposición bipolar de género, con numerosos episodios de desafío a esta imagen, usualmente compitiendo con los niños por los recursos marcados en las prácticas con los adultos. En general, la resistencia es el punto dónde los sujetos rechazan aceptar las RS propuestas ya que no las absorben e internalizan simplemente, sino que las reinterpretan. De este modo, siempre es posible una renegociación de las RS y su transformación.

En síntesis, el avance de los estudios en la TRS muestran que los miembros de grupos en situación de desventaja no solo adquieren conciencia de las representaciones hegemónicas, como se ha mostrado antes, sino que también llegan a ser conscientes de la

posibilidad de representaciones alternativas y lo que eso significa en el contexto de las relaciones de grupo (Glaveanu, 2009)

Otra crítica a la TRS, no mencionada por nosotros en las discusiones focalizadas, y que también fue hecha por otros psicólogos (Jahoda, 1988) se refiere a la vaguedad de la definición de RS formulada por Moscovici, que expusimos antes. La PD ha señalado que la definición de RS es de carácter fragmentario y a veces contradictorio (Potter & Wetherell, 1987), que está condenada a ser un concepto oscuro que abarca demasiadas cosas, o que se solapa con otras categorías (Billig, 1988) En verdad, Moscovici no pretendió dar una definición demasiado restrictiva, ya que los complejos fenómenos sociales no pueden ser reducidos a una proposición. Más que seguir un modelo hipotético-deductivo para guiar la operacionalización de una teoría, buscó elaborar una noción de forma principalmente inductiva. Sin embargo, la crítica de la PD es válida en el sentido que un concepto amplio es menos capaz de cernir un objeto de investigación, y que se debe trabajar en precisarlo. También es correcto notar el solapamiento con otras nociones, debido al carácter aún borroso de la caracterización de la RS que no se puede distinguir nítidamente de otras categorías como ideología, mentalidad histórica o cultura. Tanto la ambigüedad, la vaguedad teóricas, así como la necesidad de clarificar las notas propias de las RS, mostradas por la crítica de la PD, han provocado un notable interés en los psicólogos sociales por redefinir y desarrollar la TRS. Estos esfuerzos han continuado reformulando las tesis originales y los ensayos de distinción de las RS iniciados por Moscovici (Voelklein & Howarth, 2008; Jodelet, 2003; Castorina y Barreiro, 2007).

Finalmente, Wagner (1996) considera que las discusiones producidas en lo que hemos denominado *focalización*, le llevan a reconsiderar ciertas presuposiciones ontológicas y epistemológicas, las que aún persisten como herencia del paradigma cognitivista. Se trata, entonces, de afrontar la revisión de una tesis vigente en muchas investigaciones: se sigue hablando de RS *de la inteligencia* o *del HIV*, etc. Es decir, ¿es aceptable que una RS sea la representación de un objeto? Por una parte, Wagner reconoce que Moscovici y otros psicólogos sociales han cuestionado los supuestos cognitivistas que otorgan al objeto atributos específicos independientes de la actividad del sujeto, lo que habilitaría a calificar a las RS como falsas o verdaderas, involucrando la correspondencia con un objeto exterior. Está claro para la TRS que una RS es conformada por el proceso de discurso colectivo, y se constituye en una interacción grupal.

Sin embargo, en los textos se sigue sosteniendo que una representación es una representación de algo, de un objeto, por una persona o un grupo. Esto es equivocado, porque no hay razones para hablar de RS de un objeto, lo que implicaría la veracidad de

una RS, en el primer sentido. En cambio, tiene pleno sentido, hablar de una verificabilidad basada en lo que los grupos acuerdan sobre sus prácticas o discursos. El enfoque del psicólogo social debe evitar los riesgos de hablar de diferentes RS *de* un mismo objeto, el que le es independiente, por ser un retorno no querido al sentido común vigente en el cognitivismo. De ahí que en el campo social de las representaciones y las construcciones, el “objeto” lo es en tanto es interactuado o es lo que se habla, “está dentro de la expresión hablada”. De ahí que la representación y el objeto son ontológicamente indistinguibles dentro del evento constructivo, lo que sitúa a las RS en una perspectiva decididamente “construccionista social”.

Más allá de lo discutible que resulte la interpretación de Wagner en relación a los presupuestos ontológicos antes formulados en la TRS, para los fines de este trabajo, es evidente que está en curso una actividad reflexiva sobre las RS dirigida a elucidar la naturaleza del vínculo entre RS y objeto, derivada de las discusiones con la PD. Específicamente, Wagner (1996) trató de corregir la teoría para evitar caer bajo la crítica de realismo efectuada por la PD y acceder a un punto de vista compatible con el construccionismo social. Más aún, llegó a pensar que una vez introducidas las modificaciones sobre RS y objeto, ambos programas podían ser considerados complementarios.

Conclusiones

Una *refocalización* es un cambio conceptual en el espacio controversial que introduce nuevos conceptos o modifican los significados de los anteriores, y de ahí que pueda emerger una nueva visión respecto de las posiciones en pugna (Nudler, 2009). En nuestro caso, no hemos identificado claramente un cambio drástico en los conceptos, o una reformulación que traslade otros supuestos del *common ground* al foco de la discusión. Más bien, como señala Dascal (2003), se observa una mayor toma de conciencia del valor de los presupuestos y de la naturaleza de las discrepancias desplegadas acerca de ellos. Aún sin convencer al adversario, se puede decir que hay una mayor comprensión del campo problemático de parte de relevantes representantes de la TRS.

Las discusiones focalizadas entre TRS y PD han versado sobre tesis ontológicas y epistemológicas que las diferencian fuertemente, aún compartiendo algunos aspectos del giro social en la psicología y las ciencias humanas. Se han elucidado algunos aspectos del *common ground*, aclarando las diferencias referidas a la naturaleza de lo cognitivo, al

reduccionismo de las RS al proceso discursivo, la eliminación de lo psicológico individual, la relación con la realidad, la naturaleza de las prácticas sociales.

En las elaboraciones ulteriores, en el caso de la TRS, se asiste a un refinamiento, una atención a cuestiones a las que no se había atendido suficientemente antes de dicha discusión, o habían permanecido “invisibles”. Se avanza decididamente en repensar la “vaguedad” del concepto de TS, buscando criterios para identificar a las RS, distinguiéndolas de otras categorías de la psicología social y las ciencias sociales. Es también destacable el hecho de que algunos psicólogos de la TRS hayan comenzado a desplegar explícitamente la tesis de una relación entre las RS y el poder. Se trata de desafiar tanto a los críticos de la PD, como a buena parte de los colegas de la propia TRS, quienes han considerado que las interacciones entre la resistencia, diálogo e imposición en la construcción de las RS, son un tema marginal en la TRS.

Se trata de una controversia peculiar, dónde la mayoría de los protagonistas mantienen sus diferencias básicas en la interpretación del *common ground*, y uno de los programas resignifica algunos conceptos que habían sido apenas examinados: las RS se vinculan más explícitamente con el conflicto, el poder y resistencia; con un reconocimiento de algunos aspectos críticos señalados por la PD, principalmente en el sentido de re situar a las RS en el plano discursivo del diálogo y los intercambios.

En síntesis, no se ha cambiado el *common ground* compartido, ni la naturaleza de los presupuestos diferentes defendidos en la focalización, ni se tuvo como consecuencia un salto creativo característico de una *refocalización sensu stricto*. No hay evidencias para pensar en una sustitución de un programa por otro, ni en la emergencia de una corriente de investigación que pueda ser considerada superadora de las discrepancias.

Por último, ¿cuáles son las relaciones lógicas entre los programas, resultantes de las controversias que nos han ocupado? En primer lugar, si bien sería deseable un acuerdo integrativo entre la metodología de la perspectiva conversacional/discursiva y la TRS (Mazzoleni 2003), ello no es factible si consideramos las posiciones más radicales del construccionismo social, asumidas por la PD. Hay aquí un deslizamiento hacia una especie de conductismo metodológico, más atento a describir las reglas de la conducta conversacional o hechos discursivos que su significado para los sujetos (De Rosa, 2006). Un radicalismo que no permite poner en crisis la ortodoxia paradigmática, de verse a sí misma como un paradigma entre otros, y prevalecer entonces el monólogo en lugar del diálogo.

La controversia acerca de los presupuestos ontológicos perdura: la versión radical del giro social, en los términos de la escisión entre individuo y sociedad, eliminando la actividad

psicológica, reduciéndola al proceso discursivo, versus la relación dialéctica o dialogal del sujeto, el otro y el objeto, de la TRS. Según esta contraposición básica, que se continúa luego de la controversia focal, se puede considerar que los programas son incompatibles, a pesar de compartir mínimos aspectos del *common ground*. O sea, el esbozo de *refocalización* descrito no ha modificado la fuerte oposición entre los marcos epistémicos. No parece admisible, por tanto, desde el punto de vista de la TRS que se pueda afirmar su carácter complementario respecto de la PD, al menos si no se quieren sacrificar aspectos centrales de la teoría, como hace a nuestro juicio Wagner, quien concede demasiado al construccionismo social de la PD, en su revisión de la TRS.

Referencias

- Billig, M (1988) "Social Representation, objectification and anchoring: A rethorical analysis", *Social Behaviour*, 3, 1-16
- Castorina, J.A y Barreiro, A (2007) "Las representaciones sociales y su horizonte ideológico", en J.A. Castorina y colaboradores, *Cultura y conocimientos sociales*. Buenos Aires. Aiqué
- Castorina, J.A (2007) "La crítica de la Psicología Discursiva a la Teoría de las Representaciones Sociales. Un análisis epistemológico". *Representaciones*. Vol. 3 No. 1 Córdoba. SIRCA Publicaciones Académicas
- Danziger, K (1997) "The Varieties of Social Construction", *Theory & Psychology*, Vol. 7 (3) pp.399-416
- Dascal, M (1997) "Observaciones sobre la dinámica de las controversias", en A. Velazco Gómez (Comp.) *Racionalidad y Cambio Científico*. México. Paidós
- De Rosa, A. S (2006) « The « boomerang » effect of radicalism in Discursive Psychology : A Critical overview of the controversy with the Social Representational Theory», *Journal for the Theory of Social Behavior*, 36 :2, pp. 160-201
- Duveen, G (2001) "Introduction: The Power of Ideas", en S. Moscovici: *Social Representations. Explorations in Social Psychology*, New York: New York University Press.
- Edwards, D (1997) *Discourse and Cognition*. London. Sage
- Glaveanu, V (2009) "What Differences Make A Difference? A Discussion of Hegemony, Resistance and Representation", *Papers on Social Representations*, Vol. 18, 2.1-2.22 (<http://www.psych.lse.ac.uk/psr>)
- Harré, R y Guillelt, G (1994) *The Discursive Mind*. Sage. London.
- Howarth, C (2006) "A social representation is not a quiet thing: Exploring the critical potential of social representations theory", *British Journal of Social Psychology*, 45, pp. 65-86
- Howarth, C (2007) "It's not their fault that they have that colour skin, is it?. Young british children and the possibilities for contesting racializing representations" en G. Moloney & I. Walker (Eds) *Social Representations and Identity : Content, process, and power*. New York: Pelgrave Macmillan

- Jahoda, G (1988) "Critical notes and reflections on "social representations"" *European Journal of Social Psychology*, 18, 195-209
- Jodelet, D (2003) "Pensamiento social e historicidad", *Relaciones 2003*, Vol. XXIV, 99-113
- Joffe, H (1996) "AIDS research and prevention: A social representation approach", *British Journal of Medical Psychology*, 69, pp. 169-190
- Laudan, L (1977) *Progress and its Problems*, Berkeley, University of California Press
- Markova, I (2000.) "Amédée or How to Get Rid of It: Social Representations from a Dialogical Perspective", *Culture & Psychology*, Vol. 6 (4), pp. 419-460
- Mazzoleni, G (2003) "Le rappresentazioni sociali e l'attuale dibattito metodologico: l'exigenza di un approccio conversazionale/discursivo", *Rassegna di Psicologia*, I, pp. 101-128
- Moscovici, S (2001) "The Phenomenon of Social Representations", en S. Moscovici: *Explorations in Social Psychology*. New York: New York University Press.
- Moscovici, S (1973) Foreword, en C. Herzlich (Ed.) *Health and Illness: A Social Psychological Analysis*. London/New York: Academic Press
- Nudler, O (2009) "Los espacios controversiales: la naturaleza dialéctica del cambio en las ciencias y la filosofía", en O. Nudler y equipo interdisciplinario de investigadores: *Espacios Controversiales*. Buenos Aires. Miño y Dávila.
- Potter, J y Edwards, D (1999) "Social Representations and Discursive Psychology: From Cognition to Action", *Culture & Psychology*, Vol. 5, No. 4, pp. 447-458.
- Potter, J y Billig, M (1992) "Re-presenting representations". *Ongoing Production on Social Representations*, 1, pp. 15-20
- Potter, J & Wetherrell, M (1987) *Discourse and social psychology: Beyond attitudes and behaviour*. London. Sage
- Potter, J (2000) "Post-cognitive Psychology", *Culture & Psychology*, Vol. 10 (1), pp. 31-37
- Searle, J (1997) *La Construcción de la Realidad Social*, Buenos Aires. Paidós
- Sugman, T; Gergen, KJ; Wagner, W; Yamada, Y (2010) "The Social Turn in the Science of Human Action", en T. Sugiman; K.J. Gergen; W. Wagner; Y. Yamada, *Meaning in Action*. Japan. Springer.
- Volklein, C y Howarth, C (2005) "A Review of Controversies about Social Representations Theory: A British Debate", *Culture & Psychology*, Vol. 11 (4) pp. 431-454
- Wagner, W (1996) "Queries about Social Representations and Construction", *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 26, pp. 95-120
- Wittgenstein, L (1986) *Investigaciones Filosóficas*. México: UNAM

José Antonio Castorina, es Investigador Principal del Conicet y Profesor Consulto de la Facultad de Filosofía y Letras, de la UBA. Autor de diversos trabajos sobre Epistemología de la Psicología, así como de Psicología y Epistemología Genéticas. ctono@fibertel.com.ar